

Cómo llegué hasta acá

Escuchar música, aprender a escuchar

En Progheads suelo pararme en un lugar bastante claro: el de mediador entre la música y quien la escucha. No me interesa imponer gustos ni sentar cátedra, sino tender puentes, contextualizar, invitar a escuchar mejor.

Esta vez el puente soy yo mismo.

No para hablar de mí como individuo, sino para contar desde dónde escucho, porque ese “desde dónde” explica tanto el motivo de existencia de Progheads como cada texto que aparece tanto acá en el blog como en cada post de Instagram.

Nací en febrero de 2004. Y ese dato no es anecdótico. Crecí en un mundo donde la música no se heredaba: se descubría por accidente, entre videos de YouTube, videojuegos y recomendaciones algorítmicas. No hubo vinilos, ni discos pasados de mano en mano, ni una tradición musical familiar. Hubo pantallas.

Mis primeros contactos con la música fueron así: fragmentarios, circunstanciales. Pop de principios de los 2010, canciones que aparecían sin contexto. Me gustaban, pero incluso siendo muy chico sentía que algo no encajaba del todo. No sabía explicarlo, pero intuía que esa música no estaba hecha para mí.

El primer quiebre real llega entre 2013 y 2014, cuando descubro *Geometry Dash...* y con él, el dubstep.

Ahí aparece algo distinto: por primera vez sentí pertenencia. No solo musical, sino estética y cultural. El dubstep no necesitaba letras ni mensajes explícitos; funcionaba desde el ritmo, la tensión, la progresión. Era música pensada para convivir con lo visual, con lo interactivo, con el juego.

Ese fue mi verdadero punto cero.

Durante años supe qué música me gustaba, pero no la escuchaba activamente. No había hábito ni continuidad. Eso cambia recién en 2015, cuando tengo mi primer teléfono y acceso constante a música. Descubro Deezer, descubro los auriculares, descubro algo fundamental: la música puede acompañar la vida diaria.

En 2016 aparece el metal, recomendado por un amigo cercano. Sabaton fue la puerta, por una razón concreta: hablaban de historia, algo que siempre me interesó. Me gustaba el concepto, pero el sonido no terminaba de convencerme. Con el tiempo entendí por qué.

En paralelo, la música clásica siempre estuvo ahí, orbitando. Nunca como eje, pero sí como referencia. Algo en lo orquestal, en lo estructural, me atraía, aunque todavía no supiera cómo integrarlo.

Todo ese combo extraño (dubstep, algo de metal, algo de clásica) convive hasta 2020, el año que cambia definitivamente mi relación con la música.

La pandemia no solo trajo tiempo: trajo continuidad.

Si podía pasar horas frente a una pantalla por obligación, también podía dedicarle horas a escuchar música. Ahí se produce el cambio más importante: escuchar deja de ser ocasional y pasa a ser una práctica consciente.

2020 es el año del descubrimiento real. Aprendo a escuchar seguido, a discriminar, a entender qué busco. En el dubstep exploro artistas y estilos. En el metal empiezo a entender géneros. Cuando descubro el power metal y leo que combina melodía, épica y elementos de música clásica, algo hace click.

Por primera vez encuentro una síntesis clara entre intensidad y estructura.

Stratovarius, Rhapsody, Sonata Arctica, Avantasia... fantasía, discos conceptuales, desarrollo temático. Con el tiempo, Sabaton queda atrás: entendí que lo que me atraía no era solo el relato, sino el lenguaje musical que lo sostenía.

En 2021 aparece otro aprendizaje clave: escuchar discos completos. Dejar playlists, respetar la obra. Empiezo a moverme hacia sonidos más pesados: Megadeth, thrash temprano. El dubstep empieza a ocupar menos espacio. El power metal se consolida.

En 2022 llega un doble movimiento. Por un lado, el thrash gana terreno: Sodom, Testament, Slayer. Por otro, casi de forma inesperada, descubro el rock progresivo. No por tradición, sino por curiosidad y necesidad.

King Crimson, ELP, Genesis, incluso *THRAK* (sí, entré al prog por *THRAK*. No fue lo más amable, pero fue honesto).

Ahí entendí que existía música que no se apuraba, que no simplificaba, que confiaba en el oyente. Música que no se agotaba rápido.

2023 fue el año del enamoramiento prog.

Camel, Yes, Van der Graaf Generator, Invisible, U.K. El prog clásico se vuelve central. La música deja de ser solo entretenimiento y pasa a ser análisis, vínculo, experiencia prolongada. Escuchar ya no es llenar el silencio: es un acto activo.

En 2024 el cambio se profundiza. Entro de lleno al death metal primero, al black metal después, ya no como curiosidad, sino como lenguajes artísticos completos. Descubro el avant-prog. Empiezo a pensar la música más desde la forma que desde el género.

Y en 2025 llego a la síntesis.

Prog metal, metal extremo progresivo, bandas que no separan complejidad de oscuridad: Opeth, Ihsahn, Cynic, Ved Buens Ende, Akercocke. Akercocke, especialmente, se vuelve un punto de llegada: concepto, incomodidad, técnica y visión conviviendo sin concesiones.

La electrónica vuelve desde otro lugar: el neurofunk. Más sobrio, más oscuro, más consciente. El dubstep sigue ahí, ligado a mis inicios y a los videojuegos, pero ya no ocupa el centro.

Hoy puedo decir que creo entender el progresivo, porque el prog, más que un género, es una actitud: escuchar discos enteros, aceptar la incomodidad, buscar profundidad, no subestimar al oyente.

Progheads nace de esa forma de escuchar.

No como autoridad, sino como espacio de mediación.

Como lugar donde la música se piensa, se contextualiza y se comparte.

Este texto no busca ejemplificar nada.

Solo dejar claro desde dónde se habla.

Porque escuchar música, al final, también es una forma de construirse.